



A la hermandad del Cristo de los Alabarderos;
por su magnífica aportación a la Semana Santa de Madrid
y por servir y defender los valores más nobles de nuestra patria.

Madrid, 6 de Abril de 2017



*X Pregón de Semana Santa Hermandad de los Alabarderos
Esperanza Angulo Zambruno*



X Pregón de Semana Santa

Congregación Cristo de los Alabarderos

Esperanza Angulo Zambruno

Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas Españolas

Madrid, 6 de Abril 2017





Introducción

Un inmenso silencio quedaba recogido en las caras de los hermanos alabarderos cuando el capataz hizo emerger de sus manos ese triste sonido que significaba la última arriada del paso en la noche de viernes santo. La estación de penitencia había finalizado y con ella todas las ilusiones y promesas que nuestros hermanos habían realizado a lo largo de todo el año.

El reloj se volvía a poner en marcha y se vislumbraba una lejanía en el tiempo que tan sólo el cofrade es capaz de dimensionar. Había que esperar nuevamente esa rutina del día a día, que nos va marcando la alegría de saber que el final está cada vez más cerca.

Y ahora nos encontramos en esa espera maravillosa, que lo es, porque sabemos que es inmediata; nuestras caras han vuelto a cambiar y la ansiedad nos puede, ya que tan sólo dentro de unos pocos días volveremos acompañar por las calles de Madrid a nuestro Cristo Alabardero.

Y os comprendo, porque en el transcurrir de mis días siempre he pensado que en el Domingo de Resurrección, no sólo se iniciaba la vida, sino que también empezaba una carrera con final feliz hacia la meta soñada, donde la bandera a cuadros ponía %Domingo de Ramos+.

Para los que no me conocen, quiero deciros que mi vida cofrade comienza desde mi nacimiento, cuando mis padres me pusieron a los pies de la Reina de Sevilla, una Esperanza que siempre ha estado a mi lado y que me dio fuerzas para superar todos los reveses que me trajo la vida.

Cuando conocí a Antonio, mi compañero de siempre, me transmitió, y de qué forma, que no había mejor manera de ver al Hijo de Dios que a través de la cara morena del Señor de la Salud de la hermandad de los Gitanos y con mis devociones y mis recuerdos me vine a Madrid hace ya más de treinta años y aquí desarrollé la parte más importante de mi vida cofrade.



La fundación de la hermandad de los Gitanos de Madrid marcó mi vida cofrade para siempre y posteriormente mi absoluta devoción por un Cautivo al que llaman ~~%~~ el Pobre+que irrumpió en mi corazón de una manera inesperada, reafirmaron mi Fe en Cristo y sobre todo me hicieron comprender que las hermandades son instrumentos de los que se vale Nuestro Señor para acrecentar la vida cristiana de sus cofrades.

Conozco vuestra congregación desde hace ya muchos años, prácticamente desde su refundación en 2002, y os aseguro que el Cristo de la Fe, ya forma parte de ese sentimiento que Él impregna en tu piel, cuando te encuentras su mirada por primera vez. Es imposible hablar de Él y que mi corazón pase inadvertido ante el enorme sacrificio de un hombre crucificado por amor a los demás.

Soy sevillana, pero nunca me sentí extraña en esta tierra. Amo profundamente mi ciudad de origen, pero aquí me siento como en casa. Soy feliz y esto se lo debo a muchas cosas y entre ellas, se encuentran las hermandades de Madrid, principales causantes de que yo me encuentre hoy subida a este atril.



*¡Cuántos años han pasado,
Esperanza Macarena!
mi destino, en tus manos,
en Madrid, siempre a tu vera.*

*Y el Señor de los Gitanos,
la Salud que más se espera,
ese brillo tan serrano,
de sus manos tan morenas.*

*Y de pronto, el Cautivo,
el más "Pobre" que nos lleva
por lamentos y suspiros,
de su cara tan morena.*

*La Esperanza siempre llevo
por mi cara repartida,
y esa sombra tan gitana,
que da fuerzas a mi vida.*

*Y ese "Pobre" tan sereno,
y sus manos en la mías,
y sus ojos en mis ojos,
y su dulce melodía.*

*Sentimientos verdaderos,
que me llevan a este día,
que es mi Cristo alabardero
el pregón que hay en mi vida.*

*Y el principio es lo primero,
que comienza en primavera,
sois vosotros mis testigos,
de esta fe alabardera,
y mi sangre es un signo,
que recorre ya mis venas.*



Viernes santo. ¡Cuánta pena!

***En el aire se presiente
la peor de las condenas,
siendo puro e inocente,
al Calvario se lo llevan.***

***Pero ya vienen, ya llegan
alabardas y mosquetes,
a aliviarte la tortura,
a dulcificarte la muerte.***

***Con mimo y con destreza,
Alabardero ¿qué sientes,
ante su hermosa belleza,
en la noche de este viernes,
a luz de las estrellas?***

***Este Cristo es ya vuestro,
paseadlo y mecedlo,
por estas calles estrechas,
con sus plazas recovecas,
de suspiros y de sueños,
de alamares y de sedas,
de sonidos y silencios.***

***Capitán de vuestro ejército,
el guardián y el compañero,
este Cristo caminante,
es el Dios, el que yo espero.***

***Cara a cara y frente a frente,
congregantes, nazarenos,
decid conmigo muy fuerte,
este Cristo que nos mira,
que está colgado a un madero,
es la esencia de la vida,
el primer Alabardero.***



Salutación

- *Ilmo. y Reverendísimo Señor Arzobispo Castrense D. Juan del Río Martín.*
- *Ilmo. Rector de esta Iglesia Catedral de las Fuerzas Armadas de España y Consiliario de la hermandad, Reverendo Padre D. Carlos Jesús Montes Herreros.*
- *Reverendo Padre D. Angel Miralles Sendín, asistente eclesiástico para hermandades y cofradías de la muy noble ciudad de Madrid.*
- *Ilmo. Sr. Coronel Jefe de la Guardia Real D. Eduardo Diz Monje, quien junto con el Cuarto Militar de la Casa de S.M. El Rey nos honra con su presencia.*
- *Ilmo. Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Antigua y Real Congregación del Santísimo Cristo de la Fe, Cristo de los Alabarderos, y María Inmaculada Reina de los Ángeles.*
- *A todas las Autoridades Militares, Eclesiásticas, Académicas, y Civiles que hoy nos acompañan.*
- *Mis queridos Hermanos Mayores y representantes de las hermandades y cofradías de la archidiócesis de Madrid.*
- *Querido amigo y presentador, Ignacio Pío.*
- *Congregantes y cofrades todos.*
- *Señoras y Señores*



Agradecimientos

No quiero empezar sin antes agradecer al Hermano Mayor y a su Junta de Gobierno la confianza depositada en mí para la realización de este pregón.

Gracias, Ignacio, por tu presentación y por tus palabras, totalmente inmerecidas, propias de tantos años compartidos en el mundo cofrade madrileño.

También quiero darte las gracias a ti, Antonio, porque sé que tú has sido mi principal valedor y el único culpable de que yo esté hoy subida en este atril. Tú eres un gran cofrade y engrandesces constantemente nuestra Semana Santa. Gracias nuevamente por tu confianza y por tu amistad.



Preámbulo

Cuando me comunicaron mi elección para pregonera de vuestra congregación, me llené de satisfacción, pero a la vez de responsabilidad para no defraudar vuestras expectativas. Y como siempre que me encuentro ante una situación complicada, pero esta vez, gratificadora, acudí al Señor y le dije:

- ¿Qué quieres que diga?
- ¿Qué puedo hablar de Ti para poder ayudar a mis hermanos alabarderos?

Y sentí en mi interior la respuesta:

- Transmite tu experiencia de fe cofrade.

Y eso es lo que pretendo hacer. Me he dejado llevar por ese sentimiento y esa fe en el Señor que imprimen mi vida. Y aquí estoy.



Nuestra Semana Santa

La primavera ha irrumpido en nuestra ciudad, las flores empiezan a brotar de la tierra, ya llega el momento, ya huele a incienso, ya se acerca nuestra Semana Santa. Ya comenzamos a sacar del armario nuestra túnica nazarena y a prepararla para nuestra próxima salida procesional.

Nuestras hermandades se dinamizan, se ponen en movimiento para su estación de penitencia. Pero no solo se preocupan de la parte externa, papeletas de sitio, pasos, flores, música y un etc. interminable, sino de preparar el corazón para vivir el misterio del amor más grande: la Muerte y Resurrección del Señor.

Cuando algún turista viene a visitar nuestra Semana Santa, se queda impactado por la variedad de pasos y corrientes artísticas que contemplan sus ojos. Madrid es una ciudad cosmopolita y aquí tienen cabida todos los estilos y manifestaciones religiosas importadas desde otros lugares de España.

Madrid es un ejemplo de apertura y respeto a todos los que por uno u otro motivo hemos venido a esta gran ciudad.

Desde la sobriedad y el silencio de las cofradías castellanas, hasta la alegría y elegancia de las andaluzas; todas muestran el sentir de un pueblo que cree en la muerte del Señor y que espera con impaciencia su Resurrección.

Más no creas, forastero, que nuestra celebración es un mero acto folclórico, puramente estético. Si quieres penetrar en esta vivencia, déjate llevar por el suave sentir cofradiero, contempla el rito de esta ciudad que expresa a su manera el porqué de la alegría de la celebración, el porqué de nuestra esperanza en la muerte.



Nuestra semana santa es la conmemoración de la muerte y resurrección del Señor y su promesa esperanzada. Los cofrades vivimos la muerte como principio y no como fin, mostrándola a través de una ciudad, donde las calles, las esquinas, las callejuelas parecen esculpidas para ofrecer un espacio para la expresión de nuestros sentimientos más profundos. Donde la celebración de la muerte y la vida pasa por el rito de un bosque de incienso, una dulce arboleda de cirios y un discurrir perfectamente trazado que es la más fantástica expresión de la armonía.

Deme la mano y dispóngase a ver a Dios en la tierra y transportarse por unas horas al mismísimo cielo que en Madrid está más cerca estos días.

Verá el discurrir de los pasos, llevados de maneras diferentes, pero con el mismo amor y sentimiento. Costaleros y anderos os demostraran que Cristo camina por nuestras calles de manera sencilla, a la voz de un capataz, que se convierte en la voz de nuestro pueblo.

Y así se irá conformando el cortejo. Y junto a nuestros hermanos anderos se irá organizando la cofradía en la calle, nazarenos y penitentes anónimos, junto con los pequeños nazarenitos llenos de ilusión y el personal auxiliar que estará ahí, siempre que la cofradía los necesite. Toda una maquinaria perfecta alimentada por el espíritu de Dios y en torno al Cristo de la Fe.



*Ya está llegando ese día,
que nos marca el calendario,
el que nombra viernes santo,
hermandad y cofradía.*

*Capataz y nazarenos,
acólitos y contraguías,
esforzados, los anderos,
“Agüaor” y priostía.*

*Estampitas, caramelos,
y esa música sentida,
este sueño nazareno,
que convierte en bendita
la ilusión de los pequeños.*

*Y a vosotros me dirijo,
a vosotros, compañeros,
uno a uno yo os digo,
el sentir de vuestro pueblo.*

*Hombros cansados, sedientos,
los de los fieles anderos,
todo un año caminando,
con el Rey del universo.*

*Y al valiente nazareno,
paladín de nuestras calles,
inventores del silencio,
¿qué sentimiento invade,
las entrañas de tu cuerpo?*

*Sois la mecha que se enciende,
de una luz que hay en el cielo,
de ese cirio recio y fuerte,
que acompasa el movimiento.*



*Anónimos caminantes,
antifaces desolados,
llevan el paso valiente,
con fatiga y con trabajo.*

*¿Quiénes son estos presentes,
con promesas del pasado?
Son sufridos penitentes,
doloridos y cansados.*

*Y así camina el cortejo
con destreza y con mimo,
penitentes, nazarenos
entre cirios encendidos.*

*Y entre ciriales de plata,
al compás del pertiguero,
un capataz que es el guarda,
del camino verdadero.*

*Y su voz rompe los cielos
de esta pronta madrugada,
voces roncas y quebradas,
que obedecen sus anderos.*

*Esta es mi cofradía,
la que espero todo el año,
la que sueño día a día,
la que sale el viernes santo,
al compás de la armonía,
de un palacio legendario.*



*Nuestro Cristo ya camina
entre las nubes de incienso,
cuatro cirios que iluminan,
la tortura de su cuerpo.*

*Y esas manos desgarradas,
y ese rostro tan moreno,
que desprende la mirada,
de mi Cristo Alabardero.*



El Cofrade

Vivimos en una sociedad materialista, hedonista, sin esperanza, sin Dios, porque el hombre de hoy ha separado la fe y la vida. Estamos agobiados por nuestros propios problemas, sin preocuparnos por el que tenemos al lado, por el enfermo, el inmigrante, el refugiado, el drogadicto, el que vive en la calle.

¿Qué hacemos por ellos? Posiblemente, nos lamentemos de su situación o la justifiquemos acusando a malas acciones gubernamentales o, incluso, colaboremos con ellos con unas monedas, que tranquilizan nuestra conciencia.

¿Pero, de verdad, nos importan? ¿Qué siento yo, cuando veo por la calle a personas sin techo que viven bajo un soportal, o a un emigrante, que ha dejado atrás su país, su casa, para venir a otra ciudad buscando paz y una vida digna? ¿Qué experimento cuando oigo la persecución y muerte de cristianos a causa de su fe? ¿Qué hago yo para que su vida, sus problemas formen parte de la mía?

Pienso que el gran pecado del cristiano de hoy es la indiferencia ante el dolor y sufrimiento de los hombres.

El Papa Francisco nos ha dicho al principio de esta Cuaresma que el otro es un don. Por tanto, nosotros, cofrades cristianos, no podemos ignorar el sufrimiento del otro, debemos identificarlo y que entre a formar parte de nuestra vida.

Porque el cofrade es el cristiano que desea seguir a Cristo en una comunidad eclesial, en nuestro caso, la congregación; que quiere vivir su fe en común con otros hermanos, que se preocupa por formarse y participar de la vida activa de su corporación, que ama a la iglesia, de la que se siente parte activa, que vive en comunión con otros hermanos, que proclama su fe y que hace de la caridad, la norma de su vida.



Nuestra gran misión como cofrades es dar a conocer a Cristo en un mundo materialista que prescinde de Dios y nosotros tenemos que manifestar a los hombres con el lenguaje de nuestra imaginería y con nuestro testimonio, el Amor de Cristo por todos nosotros que padeció la muerte y una muerte de cruz.

Las hermandades son, hoy día, más necesarias que nunca. Estas han de ser conscientes de que, como parcela de la iglesia, les compete anunciar el evangelio de Cristo: No podemos guardar esta Verdad para nosotros solos, hay que sacar al Señor a la calle para que todos puedan recibir del Él todas sus gracias: la fe, la salvación y la salud.

¡Cuántos esfuerzos y sacrificios, cuesta sacar un paso a la calle! ¡Cuánto trabajo y labor callada de algunos hermanos que dedican mucho tiempo en preparar y organizar la procesión!

El cofrade disfruta al mostrar a su Cristo por las calles de su ciudad, acompañarlo en la estación de penitencia y dar testimonio ante todos, de la fe en el Señor que da la vida. Mas ese acompañamiento no debe ser exclusivo de la tarde del viernes santo, sino de todos los días del año; porque el nazareno lo es, los 365 días, acompañando a todos estos cristos humanos que nos encontramos y que convivimos con ellos en todo momento.

De nosotros va a depender que los misterios de la pasión calen en el corazón de cada hombre, de cada mujer o de cada niño.

Tenemos que saber que, si no somos coherentes en nuestras vidas, si nuestras palabras y hechos no van hermanados, estaremos dando un antitestimonio. Mal podemos evangelizar, si no nos evangelizamos antes a nosotros mismos; si no nos formamos en la fe y en el conocimiento de Nuestro Señor, si no rezamos, si no frecuentamos los sacramentos y si no venimos a visitarlo con asiduidad.



La gran labor de una cofradía es comprender y mostrar a todos que en Cristo y solo en Él está la salud y la salvación. Él es nuestra esperanza y el remedio a nuestros males.

El cofrade atesora unos valores que debe transmitir con enorme naturalidad al resto de la sociedad.

Porque no deberíamos olvidar que:

- El cofrade ama apasionadamente a Cristo y a su Madre, pero a su vez, es tremendamente respetuoso con los que no piensan igual que él.
- Es valiente y defensor a ultranza, de lo que cree, pero también es comedido y muy pudoroso con sus manifestaciones públicas, llenas de claridad, pero también de respeto.
- Es generoso y desinteresado, no persigue nada más que el bien y la ayuda a los demás.
- El cofrade es nazareno y, a la vez, hermano.
- Es andero y, a la vez, amigo.
- Es penitente y también, es cirineo.
- No desmaya nunca, porque tiene el agua viva que le ofrece Cristo.
- Impulsa su amor de manera pública, sin importarle lo que piensen de él.

De esta manera, los cofrades encontramos en la hermandad el calor de la amistad, la alegría, la fe compartida, el bálsamo para el dolor.

La hermandad debe ser una prolongación de nuestro hogar. Hombres y mujeres que viven al amparo de una advocación y llenan su vida de amor a sus titulares.



Cofrades alabarderos, con vuestra lealtad, compostura, desvelos, discreción y profesionalidad no solo servís a la casa real, sino también al Rey del Cielo y a su Santísima Madre María Inmaculada. Sois un apoyo en la vida espiritual de nuestra patria.

Por eso, ondead vuestra bandera, para así poder transmitir a Madrid vuestra fe cofrade.



*A orgullo y por bandera,
llevo mi casta cofrade,
con tristeza y con pena,
del que no entiende, ni sabe.*

*Somos parte de la iglesia,
su reseña y su estandarte,
el camino y la vereda,
de sufridos caminantes.*

*Somos trompetas que suenan,
luces que apagan la tarde,
cirio que lleva la cera,
y flor que perfuma su talle.*

*Voces que entonan saetas,
varal que cimbrea las calles,
luceros que portan estrellas,
querubines que vuelan al aire.*

*A orgullo y por bandera,
cofrades de altos vuelos,
llevo a cuesta mi escalera,
para subir al madero,
y decirle a quien no crea,
que mi Cristo Alabardero,
es la sagrada madera,
que nos viene desde el cielo.*

*Sal a la calle con fuerza,
y transmite a tu pueblo,
el sentir de una saeta
y el silencio nazareno,
los sonidos de cornetas,
y el “racheo” costalero.*



*Y la cera consumida,
y los bellos candeleros,
y bordados que iluminan,
el color del terciopelo.*

*Y en el día, la mañana,
y en la noche, los luceros,
y ese paso que camina,
al compás de los anderos.*

*Y entre cirios que navegan,
como si fuera un velero,
surca espumas de olas blancas,
entre versos y sonetos.*

*Esta brisa que nos llega,
no es antojo, no es anhelo,
es marea de agua clara,
que los cofrades tenemos.*

*Sopla suave, barlovento,
que esa flor que en primavera,
nos renace desde el suelo,
es la imagen de madera,
de mi Cristo Alabardero.*

*Adelante, centinelas,
con destreza y con arrojo,
con orgullo y por bandera,
lleváis en la sangre el tesoro,
de vuestra fe cofradiera.*



*Personajes de leyenda,
nazarenos de postín,
¿cómo explicar esta espera,
cuando llega el mes de abril?
La alegría de sus caras,
ya se ve desde este atril.*

*Hay quien dice que es un sueño,
otros dicen baladí,
otros dicen que es quimera,
ya no saben que decir.*

*No hay remedio en la ciencia,
ni se puede transmitir,
lo que corre por las venas,
de un cofrade de Madrid.*



Nuestra Madre

El Señor en la Cruz, antes de morir, en un acto de suprema generosidad, nos dio a su Madre, una caricia de Dios, una brisa suave de su amor.

Cuando Dios quiso enviar a su Hijo al mundo, lo hizo por medio de una mujer sencilla, una hija de nuestro pueblo, una mujer pura, atenta a la voz de Dios, que supo escuchar su llamada y dijo *¡Sí!*. Y de este modo, el Hijo de Dios irrumpió en nuestra historia. Ella hizo posible la venida del Señor, no como protagonista, sino como servidora.

Su respuesta fue un *sí* confiado, porque el Señor nunca defrauda, aunque esta decisión le marcó toda su existencia. No creamos que fue fácil su vida, Ella sabía que su *Sí* lo cambiaría todo.

El camino hacia Belén, la huida a Egipto, la pérdida de su hijo en Jerusalén, la vida pública de Jesús y la Pasión y muerte de su hijo, fueron pruebas más que suficientes del sufrimiento de María, pero a pesar de todo, María nunca dejó de creer.

Ella es un modelo de mujer de fe y de fortaleza, aunque no entendía todo lo que estaba pasando, creía y se mantuvo fiel hasta el final.

¡Qué ejemplo para todos nosotros, que nos desanimamos cuando tenemos algún problema, incluso nos enfadamos con Dios cuando le pedimos algo y no nos lo concede. Queremos entender y experimentarlo todo para creer, pero olvidamos, con frecuencia, que creer es fiarse de Dios y poner nuestra vida y la de los nuestros en sus manos.



María tiene un lugar de honor en la Iglesia. Dios le concedió el privilegio de ser inmaculada a la mujer que sería la madre de Jesús y nuestra madre. María siempre estuvo llena de gracia porque siempre estuvo llena de Dios.

Madre Inmaculada, Reina de los Ángeles, escucha nuestra oración, bajo tu protección ponemos a nuestra congregación, a nuestra ciudad y a nuestra patria.

Llegaste a nosotros como un soplo de aire fresco, te bajaron a esta catedral castrense los ángeles del cielo y te quedaste con nosotros para siempre.



*Es la historia de un amor,
que llegó con un encuentro,
testigos son los que son,
son los ángeles del cielo.*

*Cuenta el aire y cuenta el viento,
que vieron pasar por sus alas,
querubines de otros tiempos,
que reían y jugaban,
por las calles de sus sueños.*

*Y así comienza esta historia,
que les narro y que les cuento,
empieza por la locura,
de dos ángeles traviosos.*

*Bajaron del cielo a la tierra,
y a la castrense llegaron,
vieron que algo faltaba,
tenían que remediarlo.*

*Y decidieron dar a Madrid,
lo que más necesitaba,
una rosa de marfil,
una Madre Inmaculada.*

*Inmaculada, Tú eres,
Madre de nuestra hermandad,
Reina de nuestros cofrades
una rosa engalanada,
de frescura celestial.*



*Por eso, hoy es el día
de evocar esos recuerdos,
de una dulce melodía,
que nos lleva por el tiempo,
de esa hermosa sinfonía,
que nos suena con el viento.*

*Y sentir aquel momento
que nos llena de alegría,
recordar esos sucesos,
que cambiaron nuestra vida,
cuando ángeles traviosos,
con sublime valentía,
nos trajeron desde el cielo,
la Esperanza prometida.*

*Una luz como un lucero,
bajó a esta tierra bendita
de cofrades nazarenos,
que fueron testigos de vida,
de su hijo alabardero.*

*Ángeles y querubines,
con alas de terciopelo,
arcángeles, serafines,
navegantes de altos vuelos.*

*Gracias os damos de nuevo,
por traer a nuestra Madre,
por bajarla desde el cielo,
por hacernos tan felices,
por gozar de su consuelo.*



*Y aquí se acaba la historia
y ahora comienza este sueño.*

*Cofrades y penitentes,
y valientes nazarenos,
este rostro de María,
es el fuego alabardero
que acompaña nuestros días
por caminos y senderos.*

*Reina de los querubines,
Estrella de la mañana,
Dulce sueño, Dulce Nombre,
de María Inmaculada.*



Cristo de la Fe

La hermandad de los Alabarderos se fundó en el año 1632 para rendir culto a un Cristo crucificado que estaba en la parroquia de San Sebastián, al que nombraron como Cristo de la Fe. La congregación invitó a los oficiales a portar el Cristo y alumbrar su camino.

Nuestra hermandad a mitad del siglo XX desapareció, pero el Señor de la Fe quería de nuevo ser llevado y custodiado por los Alabarderos y como las cosas de Dios, las hace y las mantiene Dios, Él deseaba estar presente en la vida de la Guardia Real y ser venerado por todo el pueblo de Madrid; por eso, se refundó la congregación en el año 2002.

Nuestra hermandad venera la imagen del Cristo de la Fe, una talla barroca que representa a un Cristo crucificado, aún con vida, con los brazos abiertos y la cabeza vencida.

Cuando vengo a tu iglesia y me acerco ante Ti, me quedo contemplando, Señor, tu imagen, observo cada llaga, cada espina, cada herida, cada clavo que traspasa tu carne, y no ceso de preguntarme:

- ¿Por qué, Señor, tanto dolor y sufrimiento?
- Si Tú lo puedes todo, por qué elegiste sufrir así?
- ¿Por qué soportaste tanto desprecio, tanta burla, tanto abandono?

Y mientras mi corazón se conmueve al contemplarlo, brota dentro de mí, su respuesta:

Por amor.



Por amor a ti, por amor a los hombres, a los que me siguen y a los que me rechazan, a los que me ignoran y a los que no me conocen.

Y resuenan esas palabras en mi interior, mientras pienso en tantas personas que visitan tu capilla y en tantos como te contemplamos el viernes santo en tu salida procesional. Y oigo en mi corazón la misma pregunta que les hiciste a tus apóstoles:

- ¿Quién dice la gente que soy Yo?
- ¿Qué soy para ti, hermano congregante que me acompañas cubierto con tu túnica nazarena, sin poder mirarme en esos momentos, pero seguro de mi presencia y amor?
- ¿Qué soy para ti, hermano alabardero, que me escoltas y me proteges de la gente, que desfilas ante mí con tanto honor y elegancia, que me sirves como a tu Rey y Señor?
- ¿Qué soy para ti, andero, que con tanto cuidado y mimo me llevas a través de la ciudad, suavemente para no dañar más mis heridas, para mostrar a todos mi ternura, mi perdón y misericordia? ¿Qué sientes cuando llevas sobre tus hombros mi agonía?
- ¿Qué soy para ti, capataz, que continuamente fijas tu mirada en Mí, mientras guías el paso con tanto cuidado y cariño? Eres la voz que diriges a tus hombres para mostrar el amor de Dios a todo el pueblo de Madrid.
- ¿Qué soy Yo para ti, espectador, que observas con atención el discurrir de la cofradía? Quizás te emocione el silencio y el recogimiento que presencias o tal vez el respeto y cariño con que me portan mis alabarderos.



Y conmovida ante tanto amor, te digo:

Tú eres, Señor, mi Creador, el que da sentido a mi existencia, mi esperanza y el camino hacia la vida, la fuerza que necesito cuando estoy cansada, el Amor que siento cada mañana al levantarme.

Yo creo en Ti, Señor, pero aumenta mi fe.

Todos al verlo pasar nos conmovemos de su dolor, agradecemos su entrega, su generosidad, su amor y ante Él no podemos más que decirle: - Señor, ¿qué quieres de mí?

¿Qué hago yo, para corresponder a tanto amor?

Quiero acompañarte, Señor, en la procesión y en la vida diaria, pero no sé cómo hacerlo.

Y Tú me respondes: Toma tu cruz de cada día,

- esa cruz del trabajo diario y estresante;
- esa cruz de la incomprensión de tu marido o de tu mujer, de tus hijos, de tus compañeros, de tu superior o de tus subordinados;
- esa cruz de la enfermedad que te consume cada día;
- esa cruz de la convivencia diaria con personas que no piensan como tú;
- esa cruz de las cosas inesperadas que trastocan tus planes;
- esa cruz de la pérdida de un ser querido

Y sígueme. ¿Adónde, Señor? Mira a tus hermanos, especialmente a los pobres, enfermos, tristes, desilusionados, solos, marginados, sin trabajo, sin esperanza. Llévame ahí, donde necesiten de Mí; alivia mi agonía consolando la suya.

Y es que nuestro mundo tiene sed, sed de amor, de felicidad, sed de Él, sed que no se apaga.



Por eso, necesito creer en Ti, Cristo de la Fe, en tu mensaje de perdón y esperanza; aferrarme a tu túnica para caminar junto a Ti.

Sé que eres poderoso, que eres mi esperanza, que eres mi descanso y mi fuerza. ¡Cuántas lágrimas nuestras en tu mirada! ¡Cuántas miradas prendidas en tus espinas! ¡Cuántas espinas consoladas a tu pasoñ !

¡Cómo nos conmueve tu semblante, la luz de tu rostro, la dulzura de tu cara! Es posible que no creas en Él, que seas indiferente en el terreno religioso, pero si te cruzas con Nuestro Señor de la Fe y le miras, algo te removerá en tu interior.

Y al contemplar su paso armónico y acompasado, con una sutileza desmesurada, comprenderemos el amor de sus congregantes, representados en los hermanos anderos que lo portan, mandados por la pericia de un capataz que entiende a la perfección que lo lleva entre cirios y clavado a un madero; que Él es la vida eterna.

Por eso, Antonio, cuida bien tu privilegio, que eres el sostén del Creador por las calles de Madrid, el que le cuida y le mimas, el que mide los movimientos para dulcificar su calvario, el que nada teme, porque está bajo su amparo.



*¿Qué se siente, capataz,
cuándo tocas el martillo,
cuándo levantas el paso,
cuándo rompes el compás,
de los sueños y los sentidos?*

*¿Qué se siente, dilo ya,
cuando guías el destino,
de este Cristo Nazareno,
que va cansado y dormido,
y navega por los mares,
entre hombros doloridos?*

*¿Qué se siente, capataz,
siendo tú, el elegido,
el que lleva la Verdad,
el que agita el sonido,
el que grita libertad,
para el Dios de los Judíos?*

*¿Qué se siente, dilo ya,
tú que tienes la gran suerte,
de tenerlo cara a cara,
de mirarlo frente a frente,
de saber que ya se muere,
el mejor de los presentes?*

*¿Qué se siente, capataz,
qué es lo que sueña tu mente,
cuando miras hacia arriba,
y lo tienes ras con ras?
En tu rostro se presiente,
esa luz que viene y va,
un destello que se enciende,
al llegar la “levantá”.*



*“A esta es”, capataz,
que nos vamos hacia el cielo,
atentos, que voy a llamar,
esos zancos en el suelo.*

*¿Qué se siente, dilo ya,
siendo tu su cirineo,
su descanso y el guardián,
de este sueño nazareno,
que recorre mi ciudad?*

*Yo te digo lo que siento,
dímelo tú, capataz,
una voz cubre mi cuerpo,
que me ayuda a caminar,
Él me mira y yo lo encuentro,
y acompaño su compás.*

*Pues lo dicho, dicho está,
cofrades y nazarenos,
que el martillo va a llamar,
que nos vamos hacia el cielo,
entre estelas de coral.*

*Y ahora sí, estad atentos,
los de delante y los de atrás,
dejadme cumplir mi sueño,
que quiero ser su capataz.*

*Escuchadme, mis anderos,
el martillo suena ya,
agarraos al madero,
y cumplid su voluntad.*



*Despacito y con esmero,
movimiento celestial,
que esta cara de mi Cristo,
no se puede comparar,
ni con estrellas del cielo,
ni con perlas de cristal.*

*Ya llegó el Viernes Santo,
se cumplieron los deseos,
la belleza de su paso,
y su hermoso balanceo,
y esa cara tan bonita,
y ese rostro tan sereno,
cuando el tiempo se detiene,
en mi Cristo Alabardero.*



Final

El camino se va estrechando y el final está próximo y Tú, Señor, caminas hacia la muerte con las enormes secuelas de tu tortura, pero también con un rostro lleno de amor y dulzura.

Ellos querían acabar contigo, pero no lo consiguieron y aunque han pasado más de dos mil años todavía lo siguen intentando, pero no logran que desaparezcas de millones y millones de personas que al verte clavado en esa cruz comprenden que Tú eres su único Dios.

Nosotros nos sentimos orgullosos de acompañarte todos los viernes santos por la calles de Madrid. Tu palabra da sentido a nuestras vidas y la fuerza de tu mirada es esa luz que ilumina el camino para llegar hacia Ti.

Todo el que te contempla piensa que caminas al son de tus hermanos, pero es todo lo contrario, ellos se mueven a tus órdenes como buenos militares que son.

Verte andar es la mejor de las catequesis de amor en la calle, mirar tu cara que transmite ese amor que nos entregaste con tu muerte, pero, a la vez, esa serenidad de saber que dentro de unas horas te tendremos con nosotros para siempre.

Hemos llegado al final y he disfrutado enormemente hablando de Ti. Gracias, hermanos alabarderos, por haberme dado esta oportunidad.

Y a ti, Señor, quiero decirte, que durante este pequeño %atito+ que he estado junto a Ti y al verte clavado en la cruz, he comprendido aún más que eres mi único Dios para siempre.

No soy alabardero, ni tampoco congregante, pero hoy me he sentido más cerca de vuestro ideario y, por supuesto, de vuestra congregación. Este Cristo ha inundado de su fuerza mi corazón y ya noto que quiere vivir dentro de mí hasta el final de mis días.



Queridos hermanos el día deseado está muy próximo y cuando llegue el Viernes Santo y lo contempléis por las calles de nuestra ciudad, quiero que penséis que este Cristo que camina hacia la muerte, lo hace para ofrecernos la vida a todos los que creemos que nuestro Cristo Alabardero es el Hijo de Dios hecho Hombre.



*Sí, es Cristo quien camina
por estas calles repletas,
en silencio y sin medida,
a los sonos de saetas,
entre la muerte y la vida.*

*Es Este, el de la mirada perdida,
el que espera a la mañana,
a que la luz que Él enciende,
ilumine nuestras almas.
Ese pabito perenne,
que nos llena de esperanza.*

*Ahí tenéis al caminante
vuestro mejor compañero,
guardias y congregantes,
alabardas de terciopelo,
hermanos y penitentes,
vestidos de nazarenos.*

*Capataz, no le despiertes,
toca el martillo suave,
que mi Cristo Alabardero,
va surcando nuestras calles,
de costero a costero,
sin que se mueva su talle.*

*No desandéis el sendero,
miradle siempre a la cara,
“agarraos” al madero,
tened erguida la espalda,
y sujetos los costeros.*

*Aflorad los sentimientos,
paseadlo por las plazas,
y cuidad los movimientos,
que va dormido entre cirios,
que resoplan con el viento.*



*Páralo aquí, capataz,
deja los zancos sujetos,
que quiero ver su mirada,
de quebranto y desconsuelo.*

*Y esa corona de espinas,
que traspasa su entrecejo,
y una mirada perdida,
en sus ojos entreabiertos.*

*Y sus manos malheridas,
y su cuerpo devastado,
y sus pies y sus rodillas,
y el horror de su costado.*

*Y su cabeza dormida,
y sus hombros desgastados,
y el dolor y la fatiga,
de su rostro demacrado.*

*Un suspiro que agoniza,
su presente y su pasado,
y su vida ya vencida,
por amor a sus hermanos.*

*Detenlo aquí, capataz,
al Señor Crucificado,
a este Dios sin igual,
que es la esencia de lo humano.*

*De Madrid, llévame al cielo,
que quiero ver si es verdad,
si este Cristo al que venero,
es el Rey de mi ciudad,
es mi guía y mi consuelo.*



*Hermanos y penitentes,
guardias y nazarenos,
militares, congregantes,
y a vosotros mis anderos,
el que reina en Madrid,
y el que vive en los cielos,
es el rostro y el perfil,
de mi Cristo Alabardero.*

He dicho



*Este pregón se terminó de imprimir
el día 19 de Marzo de 2017
Festividad de San José, esposo de María*

